

que le desnudaron de sus vestidos y le cubrieron con un manto de grana y le pusieron en su mano derecha una caña, como Rey de burlas; y entre tanto, el mansísimo Jesús no profería una palabra; y si tuvo que hablar sobre la cruz, fue para rogar al Padre que perdonase á los que tanto habían escarnecido al que era su Hijo Unigénito. Si pensanda en esto quedamos sorprendidos de tanta mansedumbre, quedamos también enternecidos, y nuestros labios prorrumpen en bendiciones y alabanzas y en acción de gracias á nuestro dulcísimo Señor, al Cordero de Dios, mansísimo y humilde, á quien corresponde todo honor y gloria.

La humildad y mansedumbre de Jesucristo son para nosotros camino, verdad y vida; nos llevan á Dios; hacen que el Padre celestial nos revele sus secretos y nos comunique los tesoros de su gracia. Preciso es el ser mansos y humildes de corazón, si queremos andar por los caminos de Dios, conocer su verdad y alcanzar la gloria; y ¿cómo no esforzarnos por adquirir estas virtudes, cuando el Dios de la majestad y la grandeza descendió de los cielos y se dignó decirnos: Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón?

¡Oh buen Jesús!, por el amor de estas santas virtudes, comunicadlas á nuestro espíritu á fin de ser agradables á vuestros ojos, y reinad en nosotros por medio de la mansedumbre y la humildad. A Vos sea toda gloria para siempre. Amén.



CAPÍTULO VI

EL SANTÍSIMO CORAZÓN DE NUESTRO AMADO

I

LRÉ á ver esta gran maravilla, cómo es que no se consume la zarza (1). Así habló Moisés al ver que en el monte Horeb una zarza estaba ardiendo y no se consumía; nosotros, al contemplar el santísimo Corazón de Jesucristo, no veremos la zarza de Moisés, sino únicamente el incendio de vivísimas llamas de un amor que nunca se consume. Jesús ama á su divino Padre y ama también á los hombres, sus hermanos; pensemos un instante en esos dos amores, que tienen un mismo origen y que á Dios nos llevan para descansar en Él con una felicidad incomparable.

El Hijo de Dios, Jesucristo, ama á su eterno

(1) Exod. III, 2.

y divino Principio, que es el Padre, con infinito y eternal amor. Su Padre es la fuente de la vida, y ese Hijo vive por el Padre, y por esto las llamas del amor que abrazan el Corazón de Jesucristo no lo consumen; que antes bien son fuentes de eterna vida.

La hermosura del Padre es infinita, y su Hijo la contempla en toda su grandeza; nada se oculta ni puede ocultarse á las miradas del Verbo de Dios; sabiduría eterna, que comprende cuanto hay en el Padre: eternidad, omnipotencia, bondad infinita; y no sólo esto, sino que están en el Hijo todos los tesoros del Divino Padre; y si este Padre se complace en su Verbo Divino, también este Verbo tiene sus dulces complacencias en su amado Padre. ¡Qué amor tan puro y ardiente abrasa el Corazón del Hijo! Tiene ese amor una fuerza divina que nunca desfallece; una dulzura infinita; santísimas delicias que no podemos comprender; y el Hijo oye eternamente de labios de su Padre estas palabras divinas: Tú eres mi Hijo, hoy te he engendrado; y es uno mismo con su Padre. La gloria del Hijo es santa y adorable, pues su divino Principio todo le ha comunicado; y brillan en el Hijo la santidad y la hermosura, la majestad y la grandeza que brillan en el Padre, de quien todo lo tiene.

Vivo por el Padre. Palabra es esta llena de grandeza, de una profundidad incomprensible, y que, sin embargo, nos revela un amor infinito en el Hijo de Dios á su Divino Padre.—¿Qué

es la vida del Hijo en el seno de su Padre? ¡Oh misterio santo y adorable! Es la contemplación eterna de la verdad y la hermosura, y la justicia y las perfecciones todas del Divino Padre; y esa vida es infinito y soberano amor; pues Dios es caridad dulcísima, invariable y sagrada; fuego inextinguible, suavísima delicia y descanso santo y adorable del Hijo de Dios en su divino Principio.

Al pensar en la bondad, en la hermosura y en las demás perfecciones del Padre celestial, el alma suspira llena de amor y de ternura. ¡Ay, y quién pudiera amarle con infinito y soberano amor! Y conociendo que es imposible el amar á su Dios de esa manera, se siente llena de tristeza y desfallece de amargura y pena; mas después de un instante se acuerda del Hijo de Dios, y en gozo cambia aquellos sentimientos que tanto la angustiaban; hay quien ame al Padre con un amor dignísimo, y cual tiene que ser amado el Dios de la majestad y de la grandeza: el Hijo divino que vive en su seno y que es un mismo Dios con Aquel que le ha engendrado en los resplandores de la santidad, antes que brillase el lucero de la mañana. Bendito sea el Hijo de Dios que así ama á su Padre, exclama aquella alma, que asimismo bendice al Padre celestial.

El amor del Hijo á su Divino Padre sírvenos también de gran consuelo cuando pensamos en las ofensas que sin cesar recibe de los hombres. Si nuestras buenas obras, si nuestro amor á

Dios no ahogan en sus méritos, por decirlo así, aquellas ofensas y nuestras propias debilidades, el amor eterno, infinito y sagrado del Hijo al Padre aventaja sin medida alguna en delicia y gloria, y en honra divina, á todas las injurias que el pecado infiere á la majestad y á la grandeza del Señor. He aquí por qué en las santas amarguras de nuestra alma tenemos que pensar, una y otra vez, en el amor del Hijo á su Divino Padre. El mundo le desprecia, mas el Hijo le ama, y el Padre se complace en su Hijo divino. El mundo le abandona y se aleja más y más de Dios, y el Hijo, á quien ama, vive y vivirá siempre en su seno, y descenderá del cielo para dar una gloria soberana á su divino Principio, é inclinará la incommutable deidad ese Verbo de Dios hasta hacerse hombre por nosotros. Tal es nuestra dicha, la paz y el consuelo que llenan nuestras almas, pensando en el amor del Hijo á su Divino Padre; esto es lo que alienta y fortalece nuestro espíritu en los trabajos que emprendemos por su gloria; lo que hácenos pensar en Él á cada instante: el amor del Hijo al Padre, Hijo que ha venido al mundo para encender en él el fuego del amor divino.

Santa es, en verdad, la tristeza que infunde en nuestras almas ese amor por causa de los pecados de los hombres, mas no ha de llegar al desaliento, á la inacción; si á pesar de todo nuestro celo no volvemos á Dios toda la gloria que el pecado le roba, no caigamos de ánimo

ni crucemos las manos; pongamos los ojos en el amor del Hijo de Dios á su Padre y en la gloria infinita que de su Hijo recibe, y sigamos trabajando sin descanso por la causa de Dios; si nada conseguimos, humillemos nuestro espíritu, y reconozcamos que somos muy indignos de servir á Dios, de amar al soberano y altísimo Padre, á quien ama el Hijo con un amor infinito y eterno; y este es el consuelo, y este el dulcísimo gozo de nuestras almas.

Hemos dicho que en el Corazón amoroso de Jesús sólo hay llamas de divino amor á su Padre celestial y á nosotros, hijos adoptivos del Eterno y hermanos de Jesús; pensemos, pues, en el amor que nos tiene nuestro Hermano primogénito.

¿Cómo es que no se consume la zarza en medio de llamas tan ardientes? Si esas llamas simbolizan el amor del Corazón santísimo de Jesucristo, ¿por qué no pensar que las espinas de la zarza simbolizan nuestras culpas? Pues he ahí la maravilla del amor que nos tiene Jesús; siendo, como es, la pureza, y teniendo un odio infinito al pecado, descendió de los cielos para salvar á los pecadores.

¡Oh, y cuánto hizo con tal objeto durante su vida mortal; y cómo, aun despues de ésta sigue haciendo lo mismo y lo hará hasta la consumación del mundo! Su amor no desfallece, no siente el cansancio, y aunque las culpas de los hombres sean gravísimas y aumenten día por día, con todo eso siempre quiere salvarnos, y una

y otra vez les llama con el más tierno y delicado amor, les habla al corazón y les prodiga los tesoros de su gracia. ¡Qué amor tan generoso y tan paciente! Y si esto admira y no hallamos cómo pueda explicarse, la obstinación y la dureza de los mismos hombres y la resistencia que presentan á la gracia de aquel amorosísimo Señor, nos sorprende y deja confundidos. ¿Por qué nosotros mismos no nos hemos rendido al amor de Jesucristo; por qué á pesar de todas sus misericordias todavía caminamos por las sendas del pecado? Y el pecado no es sino el grande enemigo de nuestras almas; es nuestra mayor desgracia. ¡Ay de nosotros si el amor de Jesucristo no consume esas espinas de que hablamos, y que hasta ahora han herido con tanta crueldad su Corazón divino! Sí, le han herido, porque al que es manso y humilde de corazón, al que es santísimo por su misma esencia, le ofenden y le lastiman la ira y la soberbia, la impureza y tantas otras culpas con que nos manchamos con muchísima frecuencia. No, no lastimemos en adelante un Corazón tan dulce y tan lleno de bondad para con nosotros; que su amor consuma nuestras culpas y nos abraze enteramente con sus vivas llamas.

II

Yo ví, nos dice San Juan en su Apocalipsis, que en medio del solio y de los cuatro animales, y en medio de los ancianos, estaba un Cordero como inmolado... el cual vino y recibió el libro de la mano derecha de aquel que estaba sentado en el solio; y cuando hubo abierto el libro, los cuatro animales y los veinticuatro ancianos se postraron ante el Cordero, teniendo todos cítaras y copas de oro llenas de perfumes, que son las oraciones de los santos, y cantaban un cántico nuevo diciendo: Digno eres, Señor, de recibir el libro y abrir sus sellos, porque tú has sido entregado á la muerte, y con tu sangre nos has rescatado para Dios de todas las tribus, y lenguas, y pueblos, y naciones (1).— Jesucristo ha revelado al mundo los secretos de Dios, y ha abierto, para nuestro bien, el libro de su propio conocimiento; mas todo lo que nos ha revelado del Padre celestial y lo que de sí mismo nos ha dicho, no solamente contiene altísimas verdades, sino un amor ardiente, fuego de inextinguible caridad en que quiere abrasar al mundo entero. En efecto; la palabra del Maestro divino es viva y eficaz, y penetra hasta el fondo del alma, y la conmueve, y la enamora de su enseñanza sublime y en verdad celestial.

(1) V, 6-9.

Cuando nos habla de la Providencia del Divino Padre lo hace con tan expresivas palabras, que, desde luego, despiertan en el alma el amor, la gratitud, la confianza y los más elevados sentimientos; mirad las aves del cielo, nos dice; no siembran, ni siegan, ni tienen graneros, y vuestro Padre celestial las alimenta; ¿no valéis vosotros mucho más sin comparación que ellas? Y ¿quién de vosotros, á fuerza de discurrir, añadirá un codo á su estatura? Y acerca del vestido, ¿á qué propósito inquietaros? Contemplad los lirios del campo en toda su hermosura y lozanía: ellos no labran ni tampoco hilan; sin embargo, yo os digo que ni Salomón, en medio de toda su gloria, se vistió como uno de ellos; pues si á una yerba del campo que hoy es y mañana se echa en el horno Dios así la viste, ¿cuánto más á vosotros, hombres de poca fe? Así es que no vayais diciendo acongojados: ¿Dónde hallaremos qué comer y beber; dónde, con qué vestirtos? Esto hacen los paganos que andan ansiosos en pos de todas esas cosas; mas vuestro Padre celestial bien sabe la necesidad que de ellas tenéis.—¿No es así que dos pájaros se venden por un cuarto? y, no obstante, ninguno de ellos caerá en tierra sin que vuestro Padre lo disponga. Hasta los cabellos de vuestra cabeza están todos contados (1); ni un cabello de vuestra cabeza se perderá (2).

(1) Math., VI, 26-32 —X, 29, 80.

(2) Luc. XXI, 18.

Si Jesús nos habla de la misericordia de su Divino Padre, nos la presenta dulcemente inclinada hacia nosotros. Pedid y recibiréis, nos dice; buscad y hallaréis; tocad y se os abrirá; porque todo aquel que pide, recibe; y quien busca, halla; y al que llama se le abrirá. Que si entre vosotros un hijo pide pan á su padre, éste ¿le dará una piedra? ó si pide un huevo ¿le dará un escorpión? Y si vosotros, siendo malos como sois, sabéis dar cosas buenas á vuestros hijos, ¿no dará vuestro Padre, que está en los cielos, el espíritu bueno á los que lo piden? (1).

La bondad de Dios nos lo presenta derramando sus beneficios con admirable largueza. El Padre celestial hace nacer su sol sobre los buenos y los malos, y derrama la lluvia sobre los justos y los pecadores (2). Del amor que ese Padre nos tiene, nos dice una palabra que vale un tesoro, como todas las que salieron de los labios de Jesús: Va llegando el tiempo, nos dice, en que ya no os hablaré en parábolas, sino que, abiertamente, os anunciaré las cosas del Padre. Entonces le pediréis en mi nombre y no os digo que interceré con mi Padre por vosotros; siendo cierto que el mismo Padre os ama, porque vosotros me habéis amado y creído que yo he salido de Dios (3).

Al dársenos á conocer á sí mismo, nos revela

(1) Luc. XI 9-13.

(2) Math. V, 45.

(3) Joann. XVI, 25-27.

Jesús, con dulcísimas palabras, el amor que nos tiene. La brillantísima prueba de ese amor que el Padre nos tiene, la ha revelado Jesucristo en estos términos: Así amó Dios al mundo, que no paró hasta darle á su Hijo Unigénito... y no lo envió para condenar al mundo, sino para que por medio de ese Hijo el mundo se salve. Creéis en Dios, nos dice, creed también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas habitaciones... yo voy á preparar lugar para vosotros; y cuando habré ido y os habré preparado ese lugar, vendré otra vez y os llevaré conmigo, para que donde yo estoy estéis también vosotros.— Al modo que mi Padre me amó, así os he amado yo. Perseverad en mi amor... Vostros sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando... Os he llamado amigos por haberos dado á conocer cuantas cosas oí de mi Padre. No me elegisteis vosotros á mí, sino que yo os he elegido á vosotros, y os he destinado para que vayais por todo el mundo, y hagais fruto, y vuestro fruto sea duradero, á fin de que cualquiera cosa que pidieréis al Padre en mi nombre, os la conceda (1).

Así es como enseña el Maestro divino lo que el Padre nos ha dado; así es como encierra en toda su enseñanza tesoros de amor. No es así como enseñan los hombres; mas Él es el Hijo de Dios que vino á enseñarnos una ciencia divina de verdad y gracia, de luz y de amor.

(1) Joann. XIV, 1-3.—XV, 9, 14-16.

Al pensar en la enseñanza del dulcísimo Jesús, tenemos que exclamar: sus palabras son de vida eterna; la gracia está derramada en sus labios. Vida eterna es conocer á Dios y á su Hijo á quien Él envió; y la gracia divina se derramó sobre los hombres al aparecer en el mundo el enviado del Padre.

Al oír la enseñanza de Jesucristo, descansamos dulcemente á los pies del Padre celestial. Él es el mejor de todos los padres; su misericordia es infinita; su bondad dulcísima, y el amor que nos tiene excede todo entendimiento.—Lo que Jesucristo dice de sí mismo nos descubre que es todo amor, todo corazón para nosotros. Como olvidado de sí mismo, piensa y trabaja de continuo en nuestra salvación; sus palabras divinas son como dardos de encendido amor que hieren nuestras almas y las abrasan en el fuego de su santa caridad. Tenemos que rendirnos y ser enteramente suyos; tenemos que amarle con todo nuestro afecto.

¡Oh Jesús dulcísimo! que no haya un solo instante en nuestra vida en que lleguemos á olvidaros; que á Vos se dirijan sin interrupción todos los suspiros de nuestra alma; vivid y reinad en nosotros para siempre. Amén.





CAPÍTULO VII

LA PASIÓN DE JESUCRISTO

I

HEMOS visto, decía Isaías hablando del futuro Redentor de los hombres, hemos visto al que ha de venir, y nada hay en Él que atraiga nuestros ojos ni llame la atención; le hemos visto despreciado y como el desecho de los hombres, varón de dolores y que sabe lo que es padecer, y su rostro como cubierto de vergüenza y afrentado... tomó sobre sí nuestras dolencias y pecados, y cargó con nuestras penalidades; nosotros le reputamos como á un leproso y como á un hombre herido por la mano de Dios y humillado, siendo así que fue llagado por nuestras iniquidades y despedazado por nuestras culpas. El castigo de que debía nacer nuestra paz con Dios descargó sobre Él, y con sus cardenales fuimos curados... fue

ofrecido porque Él mismo lo quiso, y no abrió su boca para quejarse; será conducido á la muerte como la oveja al matadero, y no abrirá su boca, como el corderito que está mudo delante del que le esquila (1).—David, en persona del Divino Redentor, dijo lo siguiente: Yo soy un gusano y no un hombre; el oprobio de los hombres y el desecho de la plebe. Todos los que me miran hacen mofa de mí con palabras y con meneos de cabeza... han taladrado mis manos y mis pies; han contado todos mis huesos (2). Todo esto se cumplió fielmente en Jesucristo Nuestro Señor; así nos lo prueba la historia de su santísima Pasión.

Al contemplar las humillaciones profundísimas de Jesucristo y la grandeza de sus sufrimientos, preguntamos, como fuera de nosotros mismos, sobrecogidos de indecible asombro: ¿no es Él, por ventura, el esplendor del Padre y la imagen de su substancia, que todo lo sustenta y lo rige con su palabra omnipotente; heredero universal de todas las cosas; por quien fueron creados los siglos y que está sentado á la diestra de la Majestad, en lo más alto de los cielos? ¿No es el mismo Jesucristo el objeto dulcísimo de las complacencias del divino Padre? Hay, pues, en las humillaciones del Hombre Dios misterios de infinita grandeza: allí están su obediencia al Padre y su amor á los hom-

(1) LXXX, 2-7.

(2) Ps. XXI, 7, 8, 17.

bres. Se humilló á sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz, y se entregó á la muerte por salvarnos.

La grandeza infinita del Hijo de Dios que inclina la inmutable Deidad hasta hacerse hombre y padecer por nosotros, descúbrenos, sin duda, un amor que nos es del todo incomprendible, que excede todo entendimiento. Cual si pudiera olvidarse de sí mismo, así se consagra al bien de sus hermanos; y no hay momento en la vida del Dios Redentor en que llegue á olvidarnos; esa vida preciosa será sacrificada para darnos la salud eterna.

¿Es por ventura la violencia, ó una necesidad imprescindible las que le llevan á la muerte? Mi Padre me ama, nos dijo el mismo Jesucristo, porque doy mi vida para tomarla otra vez. Nadie me la arranca, sino que yo la doy de mi propia voluntad y soy dueño de darla y dueño de recobrarla (1). Su sacrificio, pues, nos revela una generosidad amorosísima y que tiene que rendirnos á su amor. Nuestro bien; esto es lo que tenía delante de sus ojos el Divino Redentor al dar su vida por nosotros. Muertos por el pecado y cautivos por el demonio, quería nuestro amadísimo Jesús volvernos á la vida y restituirnos la perdida libertad; y vino del cielo y se sacrificó y murió en la cruz para darnos la vida y darnosla con abundancia; y nos volvió esa libertad, comprándonos con el precio

(1) Joann. X, 17, 18.

de su sangre. Somos, pues, de Jesús, y por Él todas las cosas son nuestras, decía el Apóstol; el mundo, la vida, la muerte, lo presente, lo futuro, todo es nuestro; nosotros, empero, somos de Cristo (1); y ¿cómo no serlo, cuando Él quiso ser nuestro hermano y fue, y es y será todo para nuestro bien? Ni hay, realmente, bien alguno fuera de Él que pueda hacernos felices. Por Él hemos sido reconciliados con el Padre; ni hay otro alguno, sino Jesús, por quien podamos obtener la salvación.

Somos de Jesús; ¡qué palabra tan dulce, tan llena de consuelo para nuestras almas! y lo somos porque Él ha querido; y á fin de llevar adelante esa su amorosa voluntad, dió su vida por nosotros; el amor que nos tuvo le condujo al sacrificio; y este sacrificio, de una humillación incomparable y de acerbísimos dolores, nos está diciendo cuánta fue la grandeza de su amor para con nosotros. ¿Dejaremos de rendirnos á su dulce imperio? y ¿quién, entonces, tendrá que llevar en pos de sí nuestros afectos? Allí están el mundo y las pasiones: el primero con sus vanidades y miserias, y las segundas con sus ignominias y desgracias. Si el mundo nos lleva en pos de sí ó si nos esclavizan las pasiones, Jesús podrá decirnos: ¿con quién me habéis comparado; ó, á qué cosa me habéis igualado? Alzad vuestros ojos á los cielos y considerad quién crió y quién hace marchar

(1) I. Cor. III, 22, 23.

con todo orden perfecto el ejército de las estrellas; quién llama á cada una por su nombre sin que se queden atrás; tal es la grandeza de mi poder, de mi fuerza y virtud (1).—Dos maldades ha cometido mi pueblo: me ha abandonado á mí, que soy fuente de agua viva, y ha ido á fabricarse aljibes rotos, que no pueden retener las aguas (2). Tales palabras, tan tiernos reclamos, nos cubrirían de confusión y de vergüenza, nos harían llorar de amarga pena. No, jamás dejaremos el amor de Jesús, y al verle enclavado en un madero, coronado de espigas y derramando su sangre preciosa, tendremos que exclamar llenos de ternura: nadie como Él merece nuestro amor; ninguno ha dado su vida por salvarnos; nos ha comprado con el precio de su sangre; seremos siempre de Él; arrojándonos á sus divinos pies, lloraremos allí nuestros pecados, y los inmensos dolores que el Señor padeció por nosotros herirán nuestras almas, y la compasión más tierna y amorosa nos hará sumergir en el océano de sus amarguras; lloraremos porque también Él lloró, y nuestras serán todas sus penas.

Al dejar el mundo y sus placeres por el amor de Jesucristo Nuestro Señor, no tendremos de qué gloriarnos, ni creeremos haber hecho alguna cosa de que podamos envanecernos. Si lo hemos hecho ha sido por la gracia con que se

(1) Isa. XL, 25, 26.

(2) Hierem. II, 13.

dignó prevenirnos el Señor, y no es Él quien necesita de nosotros, y nosotros sí necesitamos de su Majestad. La gracia que se nos ha dispensado, nos obliga por sí misma para con Dios Nuestro Señor; porque es ella don excellentísimo de su gran misericordia, y nos revela la grandeza del amor que Dios nos tiene. Esa gracia también nos humilla; porque no se nos ocultan la resistencia y los obstáculos que una y otra vez hemos puesto á sus inspiraciones. Son, pues, la gratitud y la humildad los ricos frutos que debemos recoger al convertirnos á Dios Nuestro Señor; la gratitud nos hará bendecir la gloria de su gracia, y la humildad atribuirle, solamente á Él, el honor y la gloria, reservando para nosotros la confusión y la vergüenza; porque sólo Él es Dios, es el Señor y el Altísimo que se ha dignado poner en nosotros sus ojos de misericordia, de bondad y gracia.

II

Al pensar en los padecimientos del Divino Redentor, desde luego, su majestad infinita, su adorable grandeza, que no pueden abarcar los cielos de los cielos, nos llenan de asombro, revelándonos, en parte, el amor que nos tiene.

En seguida la santidad y la pureza del que es santo por su misma esencia, se nos dejan ver vestidas de luz y resplandecientes de belleza,

¿Cómo es, decimos entonces, que Jesucristo ha tomado sobre sus espaldas la terrible y ominosa carga de nuestros pecados? Tal es su amor dulcísimo para con nosotros: ese amor todo lo puede, y ha realizado para nuestro bien las obras más grandiosas de la divina misericordia. Ese amor ha obligado al Hijo de Dios hecho hombre á tomar sobre sí nuestras maldades, acercándose á éstas cuanto era posible, sin mancharse con ellas, y sólo para satisfacer por las mismas á la justicia del Eterno y alcanzarnos la divina gracia.

Contemplemos un instante siquiera, oprimido con el peso de nuestras culpas á nuestro dulcísimo Señor. Se presenta á los ojos de su Padre como responsable de todas esas culpas, y tendrá que sufrir los castigos de la divina justicia. Jesucristo, que es la misma santidad y el objeto de las complacencias de su Padre, está cubierto de la ignominia del pecado, y su Padre tendrá que castigarle. Aquella inocencia perfectísima del buen Jesús, ¿no exhalará trisísimos gemidos de dolor, y no quedará sumergida en un océano de amargura? Allí están el pavor, el tedio y la tristeza que inundan el alma de Jesús, y le ponen en agonía dolorosísima. Triste está mi alma hasta la muerte, tiene que exclamar el Hombre Dios; y su aflicción incomparable le hace sudar como gotas de sangre que corren hasta la tierra. ¿Por qué al pensar en esto no lloramos la gravedad de nuestras culpas; por qué no acompañarle en su agonía? ¡Ay

de nosotros, que tanto hemos afligido su Corazón amorosísimo! Él que es la misma inocencia y no conoció el pecado, así se aflige y llora por nuestras maldades; ¿dejaremos nosotros de llorarlas, nosotros que somos los culpables?

Las penas y dolores del Señor á la luz de su inocencia incomparable, nos inspiran para con su Majestad la más delicada y tierna compasión. ¡Hasta dónde llegarían las amarguras en su alma, tan sensible y amorosa y tan llena de inocencia y de pureza! Todo lo sufrió por nuestras culpas; ¿dejaremos de amarle? Este es el punto adonde nos conducen la compasión que nos inspiran las penas y amarguras de Jesús: á su santo amor; este amor nos encadena y hace, por decirlo así, una santa violencia á nuestras almas. Veamos hasta dónde ha llegado por hacernos bien, y cómo nos revela su generosidad y su grandeza. Si ha tomado sobre sus espaldas nuestras culpas, al mismo tiempo nos guarda en su divino Corazón y nos libra de los castigos de la divina justicia. Caerán sobre Él esos castigos, pero sus hermanos, sus hijos muy queridos, serán perdonados, y alcanzarán por la pasión y muerte del que tanto se ha dignado amarles, la reconciliación y la vida, todas las gracias del Señor.

Jesús padeció por nosotros. Somos unos miserables; nada tenemos de nosotros mismos, y nuestras culpas nos han hecho dignos de los eternos castigos. ¿Qué ha visto en nosotros el Hijo de Dios que no sólo se ha hecho nuestro

hermano, sino también ha querido padecer y morir por nuestra eterna salud? Si considerásemos cuánta es la fealdad de la culpa y cuánto la aborrece el que es la misma santidad, descubriríamos algún tanto la grandeza del amor que nos tiene Jesús, y este amor al mismo tiempo sería para nosotros más y más inexplicable.

Negar á Dios la obediencia que se le debe, desconociendo el supremo dominio que tiene sobre sus criaturas, y rebelarse contra la majestad excelsa y soberana despreciando su infinita grandeza y su adorable poder, es, sin duda, una culpa gravísima que tiene que atraer la indignación del Eterno, y que tendrá que ser castigada con interminables penas. ¡Cuánta ignominia y qué malicia tan abominable encierran nuestras culpas! Si agregamos á esto los incontables beneficios que Dios derrama sobre sus criaturas, aquella ignominia y la malicia de que hemos hablado se nos presentan con tal deformidad, que nos llena de espanto y nos causa un horror indecible. Después de esto, ¿podremos explicarnos que el Hijo de Dios se haya dignado tomar sobre sus hombros nuestras culpas y padecer por nosotros, si no nos acordamos que su bondad es infinita, que su amor excede todo entendimiento, que son innumerables sus misericordias y que son sobre todas sus obras?

Desde este punto de vista, el amor de Jesús hacia nosotros nos descubre todos sus encan-

tos, y se nos presenta con una hermosura que rinde y cautiva nuestras almas. La gratitud y la humildad se nos acercan y nos dicen: debéis agradecer el incomparable amor que Jesús os manifiesta al padecer por vosotros; debéis humillaros, confundiros en su divina presencia. Pídenos la gratitud una fidelidad á toda prueba; que velemos sin descanso sobre nosotros mismos; que nunca admitamos la más ligera falta, y que hagamos todo esfuerzo á fin de agradar á Dios Nuestro Señor en todas nuestras obras. ¿Qué haré para servir; qué haré para agradar al que quiso padecer por mi amor? Esto es lo que tiene que decir cada uno de nosotros, y este el deseo que debe animarle, y pondremos los ojos en nuestras propias faltas para evitarlas en lo sucesivo.

Al humillarnos delante del Señor por nuestras grandes culpas, el amor no tendrá que abandonarnos, sino al contrario, sentiremos que sus purísimas llamas se avivan más y más en nuestro corazón. ¡Cómo no amar con el más acendrado cariño al buen Jesús, que, sin embargo de todas nuestras culpas, nos ha mostrado un amor tan generoso, tan lleno de paciencia y de dulzura! Que colme de favores á los que han conservado la inocencia, y fije en ellos sus divinos ojos llenos de bondad, podemos explicarlo; porque Él ama la inocencia y la pureza; mas también se vuelve á los que somos miserables pecadores, y se digna tratarnos con una bondad tan indulgente, y derrama en nues-

tras almas tantas gracias y misericordias, que ni podemos llegar á comprenderlas, ni hay palabras con que puedan encomiarse dignamente.

Bendito sea Él; que Él mismo ensalce y glorifique la magnificencia de su amor divino para con nosotros, y las gracias y misericordias con que se ha dignado enriquecernos después de nuestras culpas; que su pasión y muerte sean glorificadas para eiempre. Amén.

¡Oh buen Jesús, que tanto padecisteis por nosotros!, no permitais que lleguemos á olvidar vuestros dolores; sean éstos como un manojito de mirra que traigamos siempre en el pecho. Que vuestras humillaciones nos llenen de paz y de consuelo cuando seamos humillados, y las amarguras que gustasteis por nosotros suavicen todas nuestras penas. Humillado, sufriendo terribilísimos dolores y siempre amándonos, enseñadnos con el ejemplo, y haced que sigamos vuestras santísimas pisadas, pues sois nuestro Maestro y vinisteis á enseñarnos el camino del cielo, y no ignoramos que si padecemos, con Vos seremos glorificados. Padecer con Vos, sufrir por vuestra causa, he aquí nuestros deseos, he aquí también nuestra gloria; y al sentirnos oprimidos bajo el peso del dolor, á fin de alentarnos, nos acordaremos de los azotes que desgarraron vuestras santísimas espaldas, de las espinas que coronaron vuestra frente, de los clavos, de la hiel y del vinagre, y de la cruz en que moristeis por nosotros, y arrojándonos

á vuestros pies santísimos os diremos: Vos sois nuestro amor; estais crucificado; aquí nos tenéis, oh buen Señor; nadie nos separará de vuestra cruz; ésta será nuestro consuelo, será nuestra delicia, y en ella moriremos para reinar con Vos eternamente.

